

LA DELICADEZA DE AZORÍN

¿Es Azorín un filósofo? ¿Tiene nuestro fino y delicado escritor una filosofía, una pequeña o grande filosofía? Y si es así, ¿cuál es ésta? Mirad el cielo: gris, negro, amarillento, azulado... El creador ha puesto allí en su paleta todos los colores. No falta ningún matiz. El sol, lentamente, perezosamente, asoma su figura radiante sobre el horizonte. La mañana se anuncia, suave y fresca. Ya estamos en el mediodía. Las sombras, un paso atrás, se meten en las casas, en las torres, en el alto campanario de la iglesia. Suenan cinco, seis, siete golpes rítmicos, poderosos, metálicos, en el reloj de la plaza. Anochece. El cielo se cubre con un manto oscuro. Brillan algunas lejanas estrellas; luego, desaparecen... Todo cambia, todo permanece. Hay en el universo una íntima armonía, un acuerdo secreto, una misteriosa conexión entre el hombre y las cosas que lo rodean. Azorín observa la naturaleza. Azorín ama el paisaje: una flor, un insecto, un político. ¿Quién fue Felipe II? Aquel monarca, vestido de terciopelo negro y sobre cuyo pecho cuelga un toisón de oro, ¿no os recuerda una misteriosa araña, una de aquellas magníficas arañas negras y amarillas? En su mansión escurialense el monarca teje su red, una red cuyas largos hilos alcanzan el Perú rico, la rebelde Flandes, aquellas islas que en su honor llamamos Filipinas. En la Castilla amplia y parsimoniosa del rey Felipe II Azorín escribe sus frases cortas, pequeñas, menudas como insectos atrapados en una telaraña o acaso como perlas segregadas en las vulvas de una ostra. Desde Nietzsche, aquel pobre embaucador loco, nos llega rodando en la historia de la literatura el mismo *ritornelo* clásico: las cosas vuelven siempre a su principio, eternamente como una rueda que gira o una mecedora que nos devuelve con la nana de su vaivén a la infancia perdida. ¿Es Azorín un filósofo?

Conocida es de sobra aquella anécdota (verdadera o falsa, poco importa) en la que se refiere cómo el clérigo galo Malebranche, al leer una página del famoso caballero bizco de Nuestra Señora de la Duda, exclamó con las manos

en cruz en el pecho y la voz piadosamente alborozada: "*Moi, je suis aussi un philosophe...*". Y es que de poetas o de locos (¿qué otra cosa es si no la filosofía?) todos tenemos un poco.

Y bien: Azorín nos invita también a todos sus lectores a convertirnos en párvulos de la escritura. Demos, pues, pasitos cortos, breves, ligeros de equipaje y de andadura, como de niños que empiezan apenas a destetarse de la gramática innata: "*llegué, vi, vencí*", "*pequeño, peludo, suave*", "*Yo soy el camino, la verdad y la vida*", etc. Ya sabemos que todos los discursos de clausura, si breves, son doblemente buenos cuando poseen bondad intrínseca y triplemente maléficos o malvados si precisan el mechero de gas para alumbrar con la llama azul sus alusiones ocultas. Y como aquel pensador racionalista (pero cristiano, ¡eh!) al que he citado antes, también yo grito en alguna ocasión transido de un fervor azoriniano: "*¡Yo soy un escritor!*". Y muevo la mano derecha como si un dios escondido moviese con ella los hilos del mundo, en la ocasión propicia, desde un palacio de hadas...

Estoy leyendo una hermosa página del amado Azorín. En ella se habla de las avispas - negro sobre amarillo - y de su innata elegancia (el lector sabe que miento, que soy un embustero, un creador de ficciones... Yo no puedo leer en el tiempo presente mientras escribo esta hoja como el viejo sacristán no puede tampoco repicar las campanas y asistir a la misa de difuntos pasando con su dedo las hojas mojadas del misal... Pero hagamos, mi querido lector cómplice de estos íntimos placeres caligráficos, aquí un poco la vista gorda: "*Estoy leyendo una hermosa página de Azorín...*") El tren, como un sátiro de tuercas y engranajes, abre lascivo la cremallera al paisaje de mi tierra aragonesa mostrando su desnudez. De pronto, uno de aquellos insectos - nada literario - revolotea sobre mis manos, posase en la ventanilla. Yo tomo el libro, ciérrolo con parsimonia, lo alzo y bruscamente descargo un golpe seco en la cortina. La avispa yace aplastada. "*¡Oh, vanidad! ¿Dónde está tu aguijón?*" - pienso de un modo casi paulino. Y a continuación me digo divertido a mí mismo: "*¡Ay, cuántos literatos desearían morir también así bajo el peso de un elogio quizás excesivo o tal vez inmerecido*". Y este pensamiento casual me llena de buen humor mientras

recorro la campiña de mi bella, dura, salvaje, abandonada patria.

... Estamos ya en Longares. O quizás sea Caminreal, Muel, Calamocha, Tardienta, Santa Eulalia, Lodares. Todas esas estaciones son una misma estación, un mismo pueblo, mil gotas de sangre de una herida única. Algunos ladrillos rojos, un muro derruido, un dibujo obscuro apenas casi reconocible en la sucia pared emblanquecida hace ya tantos años... Suben tres monjitas pálidas y un sargento grueso con unos tiesos mostachos negros que me recuerdan a una golondrina. Baja una joven estudiante. Un viejo sentado en el poyo junto al andén repite con un gesto maquinal, como el toque de una campana de bronce en un reloj de cuco, su sempiterna acción de liarse un cigarrillo. El hombre de la gorra roja ejecuta su litúrgico oficio. Un silbido rasga el aire. El tren retoma su marcha lentamente igual que un oso pardo que se despereza de una siesta invernal de varios siglos... Yo vuelvo a contemplar el paisaje, las casas abandonadas, el campo triste y yermo. Mientras, allí en el cristal, sigue aún la avispa despanzurrada, humillada. Y pienso que este mundo es solamente de los fuertes, de aquellos que saben imponer su voluntad llamándola con el nombre de justicia.

¿Tiene Azorín alguna filosofía? ¿Tiene, como escritor, alguna religión? Si tales creencias existieran se podrían resumir acaso en el nombre de “esteticismo” y su teología se llamaría “hiperestesia”.

Pablo Galindo Arlés, 3 de febrero de 2015